

Periklís Korovesis
Custodios. La tortura, un testimonio histórico
Nota de lectura de Roberto Pradas Sánchez-Arévalo

pradassanchezarevalo@gmail.com
emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Bibliografía, Nota de lectura,
Publicación: 08/05/2023 Número de páginas: 9
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

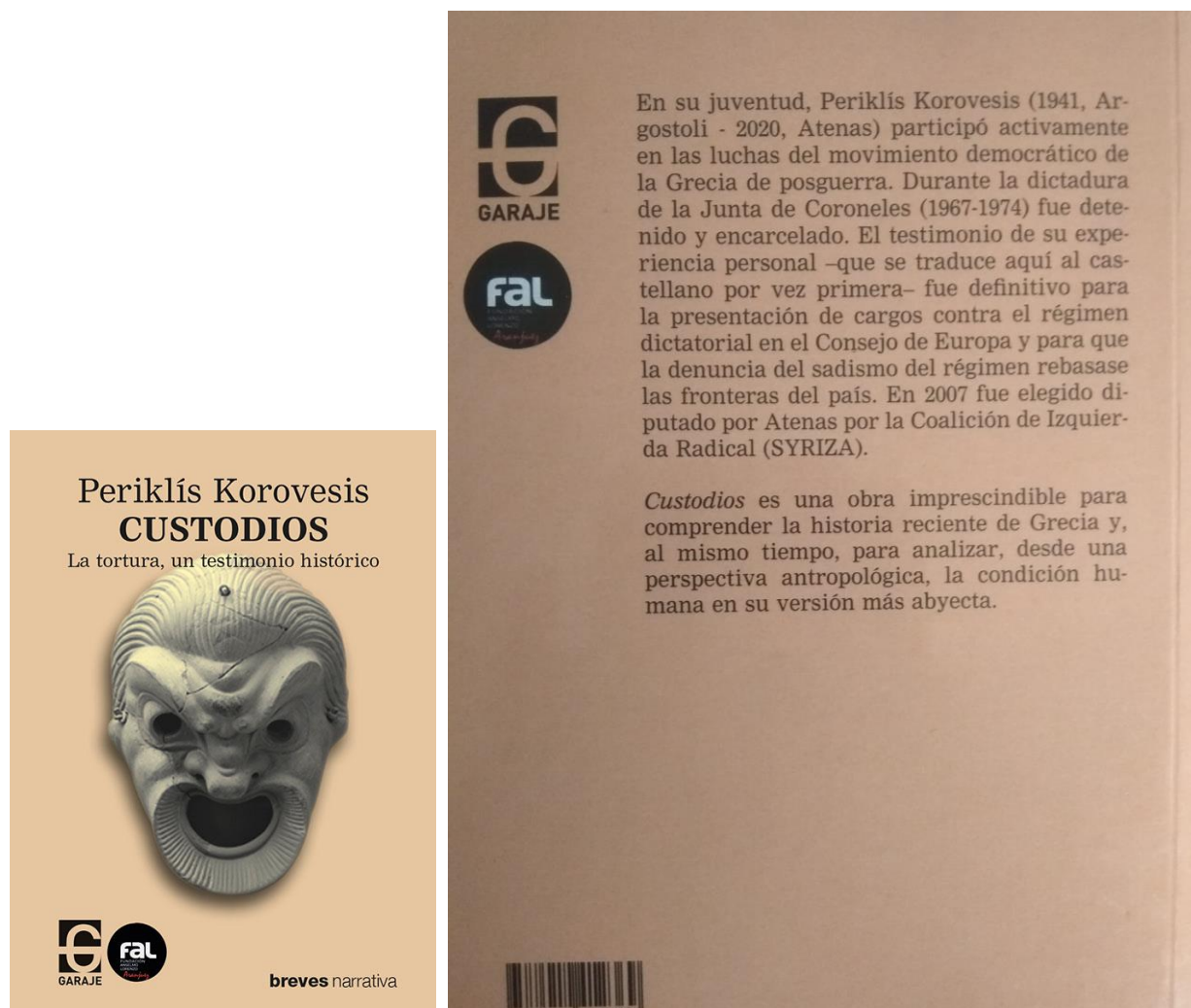
www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Periklís Korovesis:

Custodios. La tortura, un testimonio histórico

Traducción del griego de Juan Merino

Madrid, 2022, El Garaje ediciones/Fundación Anselmo Lorenzo (FAL)



Reseña de Roberto Pradas Sánchez-Arévalo

El traductor Juan Merino nos ofrece el testimonio de Periklís Korovesis, quien relata su paso por las dependencias policiales griegas de la dictadura y que constituye un ejemplo de memoria histórica personal que, sin embargo, concierne al sentido de todo un periodo histórico, el de la dictadura griega.

A Korovesis, sus “custodios” le “pedían explicaciones suspicaces: ¿Por qué tienes tantos libros?” Una suspicacia que naturalmente tiene su razón de ser, su funcionalidad, porque sospechan que es un peligro. Y, así, a Korovesis, le confiscaron “cientos de debates grabados entre obreros” para el Teatro Regional. Todo lo que para el libre pensamiento tiene algún valor

fue confiscado en el registro a Korovesis, “una obra en un solo acto a medio terminar”, la máquina de escribir, “una colección de canciones del Ponto, que había recopilado [...]. Relatos de refugiados de Asia Menor, canciones populares, música clásica”. Dieron la orden “de llevarse cualquier libro grueso que hubiese. [...] Así que no se escapó ni un libro de recetas que estaba forrado con papel grueso. La guía telefónica se libró”.

A Korovesis aún le queda el recurso a la ironía en un estilo que, por otro lado, está desnudo de figuraciones y de retórica, tan sobrio como descarnado. Las formas en el arte son tan sustanciales como los procedimientos y medios en la democracia. Es con estos donde se la juegan las sociedades libres, mientras el torturador, como el fascismo, mide los medios con el patrón de la eficiencia.

A la primera fase de su detención, Korovesis la denomina el “interrogatorio civilizado”, pero está asustado, siente que le corre el sudor por la espalda. Está en la Seguridad y el propio interrogador le describe esta como un “Dachau” para “los malos”. Deberá ser Korovesis quien decida si es uno de los buenos. Los “buenos”, nos dicen los complacientes con los abusos estatales, no debemos temer las “malas” prácticas. Realmente, ese posicionamiento nos convierte en cómplices. Los abusos son aceptables dependiendo de contra quién se ejerzan. Nosotros decidimos si desobedecemos, nos insubordinamos o infringimos la normalidad del grupo. Nosotros seremos, por lo tanto, los culpables de lo que nos hagan. Una inversión de la responsabilidad que siempre le ha servido al depredador y al verdugo para justificarse. Algo habrá hecho, dicen los que desean justificar su inhibición o directamente son cómplices.

Korovesis tiene “la esperanza oculta de que tal vez fuesen solo palabras”, pero le dan puñetazos y solo teme que el interrogador corre “peligro de salpicarse”. El torturador se lo advierte, pues si solo él es el culpable de que le peguen, solo él será el culpable de mancharlo de sangre, “si lo había manchado, lo pagaría caro. [...] La boca, llena de sangre. [...] Por fortuna no lo había manchado”.

Korovesis protesta, aunque en “un tono cauto”, sin mucho convencimiento necesita creer que aún forma parte de un mundo con derechos, pero obtiene por contestación que “hay dos formas de interrogar: la civilizada y la científica. ¿Cuál es la civilizada? La que hemos tenido ahora. ¿Y la científica? La que viene a continuación”. La técnica no es complicada, dice Korovesis, “con unos medios absolutamente nimios –un banco, una cuerda y algunas porras–”.

Gravaritis, el torturador, “fumaba cansado en un rincón [...]. Torturar, al parecer, también es cansado”, dice con sarcasmo Korovesis. Es un trabajo donde los torturadores, como compañeros

en una tarea rutinaria, habitual, hacen bromas. Al cruzarse en los pasillos se preguntan jocosos si van “de caza”. Korovesis nos describe sus acciones como las de un oficio calculado: “Instrucciones de Spanós al operario torturador: Dale pistachos, Costas. ¿Madera y hierro? Madera y ya veremos. Muy bien, doctor”. Y Costas, el torturador, como un obrero antes de coger el pico, se escupe y frota las manos. “Cuando el ritmo es normal, es menos doloroso que el ritmo irregular”, nos explica Korovesis: “Ellos conocen esos pormenores y te golpean unas veces rápido y otras lento. Empiezan a golpearte de abajo hacia arriba y luego al revés”. Korovesis, comprende los engranajes y tiempos de la máquina, como en un relato de Kafka.

Para el “interrogatorio científico”, el torturador “pidió el hierro. Otra fase. [...] El hierro tiene una penetración más fina, es como si te cortasen. Traspasa como una cuchilla”. Le “llevaron a los médicos y allí” lo “torturaron con electricidad”. Un tormento “impersonal” con el que “el torturador no se cansa”.

Vigente la honra patriarcal, creen deshonar a Korovesis atacando a las mujeres de su familia: “¿sabes que tu mujer es una puta? [...] Y su madre también es puta”. Lo señalan como un homosexual: “en el teatro son todos maricones”.

El torturador no es ideológicamente indiferente, él está afectado también por el deseo de dominación y de estatus, de acomodarse económicamente, por la frustración de clase, por el desclasamiento, por la competencia social, por la aporofobia... Los motivos pueden ser variados, pero todos quedan arrojados por la ideología que los reviste de falsa dignidad. Y la técnica queda al servicio de la ideología: “Ve que yo tenía gemelos de oro”, dice Korovesis, “tira de la camisa y la rasga. Se pone frenético. ¿Gemelos de oro, cabrón? ¿De dónde los has sacado? ¿Te los ha dado el partido? Yo, llevo veinte años de servicio, hijo de puta, y nunca he conseguido unos”.

Korovesis desea aclarar que no se trata de “la locura de un torturador pervertido, sino una acción política específica oficial, que tenía un objetivo claro y definido. [...] Dependiendo del lugar y del torturador, había cualidades especiales de una academia. En Salónica hacían la *falanga* con el fusil y tú estabas colgando boca abajo. En El Pireo hacían la *falanga* con un cable retorcido. En Díóniso enterraban a personas vivas. Ejecuciones ficticias, electrochoques, en todas partes. Un rasgo común a todas las academias y torturadores, el afán de no dejar marcas o, al menos, de poder eliminar las marcas en el tiempo que te habían aislado”.

Korovesis, sin embargo, es capaz de encontrar un motivo de esperanza: “Seguridad estaba llena de estudiantes. Habían trasladado a Seguridad el ambiente del recreo escolar: voces, jolgorio,

risas. La vida continuaba sin el consentimiento de Seguridad”.

He aquí el índice:

ÍNDICE	
Introducción. <i>Juan Merino</i>	7
Releyendo <i>Custorios</i> . <i>Kostas Despiniadis</i>	9
CUSTODIOS	
encuentro	19
interrogatorio civilizado	24
interrogatorio científico	30
la celda 17	41
conversación	44
interrogatorio científico 2	58
continuación	66
401 hospital militar general	72
2ª semana	82
un amigo	86
dos o tres incidentes	88
una visita	94
la celda 4	98
el señor Gravaritis	102
los demás	106
nosotros	115
epílogo	121
post scriptum	123
APÉNDICE	125

Dos fragmentos representativos:

Interrogatorio científico

La azotea de Bubulinas tiene el lavadero más famoso del mundo. Con unos medios absolutamente nimios –un banco, una cuerda y algunas porras–, el ingenio de Seguridad ha creado una de las cámaras de tortura más gloriosas de nuestro tiempo.

Has oído hablar de ella antes de que te lleven allí. Cuando entras, tienes la impresión de que la has visto antes. Lo que es nuevo para ti es el pánico que te provoca. Es algo fuera de control. Adquiere dimensiones metafísicas. Es algo así como el miedo religioso al infierno. Es imposible una topografía. Existes en ese miedo, completamente impotente.

Me subían a la azotea. Spanós y la pandilla consabida. Un esbirro que los vio subir los saludó diciendo:

«¿Vais de caza?».

Por el camino los muchachos hacían bromas. Cuando el humor no era efectivo, un bofetón o una patada le daban fuerza. Eso siempre provocaba risa. Los chistes de los muchachos:

«Se acabó. Esta noche va a morir».

«Gilipollas, ¿sabes que tu mujer es una puta?».

«¿Cómo puta, tío? La mama en la calle Acinás».

«Y su madre también es puta. ¡Qué va a hacer el muchacho! Ha crecido en un burdel».

«Vamos a traerlas y a follarlas delante de ti».

«Te gustará ser el mirón».

«¡Pero qué maricón que es!».

«En el teatro son todos maricones».

«¿En el teatro folláis, tío? ¿Folláis?».

«Se follan entre ellos».

«Cabrón, ¿no te mosqueas cuando insultamos a tu madre?».

«¿Este? Estos no creen en Dios».

«¡Míralo al maricón! Es como Buda. Nosotros hablamos y él como quien oye llover».

«Es un depravado el maricón. ¡Joder!».

Tras el pasillo, en el cuarto, hay una escalera. La escalera conduce a la azotea. Un cartel dice “Se prohíbe terminantemente la entrada”. En la azotea. Luego, en la habitación pequeña. Todo sin prisa ninguna. Las experiencias visuales de mi entrada en Seguridad hasta ese instante se sucedían una tras otra. Diapositiva. Me doy cuenta de que es un edificio normal. Un servicio público. La gente trabaja. Las cosas sin miedo son más sencillas. Estaba casi abstraído. Encendieron la luz del lavadero. Me sentí el personaje principal del grupo. Observaba.

Yo era un encargado de obras de abastecimiento de agua. Parecía un ritual de sacrificio humano. Nadie hablaba ya. Estaban trabajando. Buscaban la cuerda. No la encuentran. Cosas de griegos. La habían tomado con un tal Bábalis y un tal Malios, que son unos chapuzas. Hacen su trabajo y que los demás se rompan las pelotas. Alguien me dijo que no me quedase mirando como un gilipollas, que buscase yo también. Spanós discrepó y me dijo que me quedase quieto: no necesitan mi ayuda. Finalmente se encontró la cuerda. Estaba bajo la madera. No sé por qué había puesto mis esperanzas en la cuerda. Ahora que se había encontrado, no había más que una manera. Si dijese algo aunque fuese minúsculo, tal vez la esquivase. Alguien sugirió:

«No peguemos al muchacho, que parece bueno. Dejémoslo pensar un rato, que tome un cafetito y por la mañana nos lo cuenta con tranquilidad».

Me sentí un poco agradecido. Cada palabra que había dicho era un firme refuerzo. Incluso me vi ya tomando café y arreglando las cosas. Mira la jugada, me digo: te traen aquí arriba, te aterrorizan, y, cuando ven que no funciona, buscan otra manera. Spanós no hablaba nada. Otro dijo:

«Nos hemos entretenido mucho con este cabrón. Si tuviese cabeza, ahora estaría en su casita. ¿Por qué vamos a darle tiempo? Que hable ya, para que nos quedemos todos tranquilos».

Miré a Spanós. Esperaba que dijese «Bajadlo abajo a que piense». Pensaba que no correría el riesgo de hacer un experimento sin estar seguro del resultado. Era lógico que dijese «Está bien, mañana».

Spanós dijo que me atasen. Inspeccionó. Me ataron al banco muy fuerte. No opuse ninguna resistencia. Sin protestas. Ahora que lo pienso, creo que fui casi de buena gana, como cuando vas solo al dentista y te sientas en la silla. Spanós meneó las plantas de los pies para ver si estaban bien atadas. El señor Spanós, satisfecho. Pero no empieza. Tiene ganas de conversación. Me pregunta cómo me siento, se interesa por saber si el banco es duro o si las cuerdas me cortan. Me pregunta si he cambiado de opinión. No digo nada. Tal vez sea mejor que hable. Al menos para provocar su furia oficial, no para que se lo tomen como algo personal. Spanós me pregunta si me gustan los pistachos, expresión que no sabía qué significaba, pero me hizo reaccionar. Alcé la cabeza. Se acercó de inmediato. Le dije:

«Si cree que me va a sacar algo de esta manera, está muy equivocado. Estamos en el siglo XX. Digo esto por su carrera. Voy a denunciarlo».

No sé si yo mismo me lo creía o no; de todos modos me hizo bien.

Respuesta de Spanós:

«Me importa tres cojones, tío. ¡Y si me llevas a la ONU, me importa tres cojones! ¿Entendido?».

Instrucciones de Spanós al operario torturador:

«Dale pistachos, Costas».

«¿Madera, hierro?»

«Madera y ya veremos».

«Muy bien, doctor».

Me pareció que estaba escuchando un extraño dialecto de una tribu africana.

Había apretado la barriga y estaba esperando. Miraba a Costas. Costas se escupió en las manos, cogió la vara. Empezó.

La falanga es una fuerza enorme que actúa sobre ti. Te da la impresión de que estás resbalando sobre una superficie grande, inclinada y reluciente y de que caes sobre una pared dura, de granito. Si no supieses que te están golpeando en los pies,

te sería imposible determinar de dónde venía. Los movimientos del torturador los ves. Los golpes son el muro de granito. La superficie inclinada es el intervalo entre los golpes. Cuando el ritmo es normal, es menos doloroso que el ritmo irregular. Ellos conocen esos pormenores y te golpean unas veces rápido y otras lento. Empiezan a golpearte de abajo hacia arriba y luego al revés. Saben que tu primera reacción es encoger un poco las plantas. Les es indiferente, porque saben que después de diez golpes el pie se hincha tanto que rellena el zapato.

Empecé a gritar. Ignoraba qué fuerte es un grito humano. Gritaba mi nombre. Escuchaba mi voz, que era artificialmente fuerte. Se detuvieron. Pero no serían diez golpes. No me atreví a pensar. Spanós me preguntó si había cambiado de opinión. No lo miré. Costas volvió a empezar. Yo gritaba. Alguien sale, va al baño y coge la bayeta. Me pega la bayeta a la boca. Toda es asquerosidad se precipita por mi esófago. La aprieta con fuerza y el paño se escurre en mi boca. Ya no puedo respirar. Pensé en hacer yoga, en cortar la transmisión del dolor. Inútil. Como si quisieses poner una presa de papel en una cascada. Mi yoga estalló por los aires. Él no acababa. Yo esperaba desmayarme. Tenía una resistencia bestial. Curioso: yo, que para aplicarme un torno al diente me ponían una inyección, estaba aguantando. No acababa. Tengo que pensar en otra cosa. Quizá eso me alivie. Imposible. Ahora la vara hace un ruido. Como si fuese una gran campana de madera. Como si estuvieras dentro de la campana. Luego te resbalas. Oscuridad, silencio, alivio.

Me tiraban agua. Me había desmayado. Me reponía. Casi estaba orgulloso de haberme desmayado. Tuve conciencia inmediata del espacio. La esperanza. Quizá paren ya. Puede que me suelten. La falanga normalmente tiene que tener un final. Se hizo un círculo completo. ¿Qué quieren? Spanós pregunta si había cambiado de opinión. No le presto atención. Costas empieza otra vez. Pero ¿hasta cuándo? Si decía algo, me daría la oportunidad de evadirme un instante. Costas continuaba. El paño volvió a introducirse en mi boca. Aire, no había aire. ¿Cuánto tiempo puedes vivir sin aire? Esperé a escuchar el sonido de la campana. Nada: solo esas olas que iban subiendo. Se ve que habían empezado unos estallidos nerviosos en la cabeza. Spanós dice:

«Para, quiere decir algo».

Los demás lo confirman. Sí, va a hablar. La cosa está madura. Se ve el trabajo bien hecho. Alguien le dice a Spanós:

«No te acerques, jefe, va a escupirte».

Pero ¿qué está pasando aquí? Los torturan y no solo no hablan, sino que encima escupen. Ojalá pudiera hacerlo yo también. Spanós cambia de opinión. Costas empieza otra vez.

La resistencia humana debe de tener límites. Una sobreexcitación de pesadilla me proporcionó una claridad asombrosa. Los observaba. Estaban reunidos en torno a mí, como se reúnen y miran un edificio en demolición. Costas ya no golpeaba. Ahora era otra persona. Vi a uno que había abandonado el círculo y estaba mirando fuera de la puerta. Tal vez un guardia, para que nadie subiese. Tal vez no soportase verlo. Pensé lo segundo. Más coraje. Incluso aquí, alguien no está de acuerdo. Tengo sentimientos de amistad. Veo que está de espaldas. Me dolía el estómago. Me zumbaban los oídos. Un sonido penetrante, agudo. Iba creciendo. Una sensación de que me estaba desmoronando. Una única velocidad. Sonido áspero, estridente, como el de un avión rompiendo la barrera del sonido. En algún sitio caeré. Praderas.

Bajo el agua. Una sensación de despreocupación. Conciencia del espacio. Me había desmayado de nuevo. Como si me hubiese despertado de una enfermedad. Me pareció que estaba muy delgado, transparente. Los miro. Sin afeitarse, en vela, cansados. Ya no preguntan nada. Cuando ven que puedo mover los ojos, vuelven a empezar.

Ya no sé nada. Pienso en un perro sarnoso al que arrojan piedras. Los chicos de mi barrio le arrojan piedras. El perro se parece a mí.

Me sobresalto. Puede que me vuelva loco, digo. Sé que en Macróniso se habían vuelto locos por las torturas. Pero luego se pusieron bien. A un anciano le han dado una tunda a la puerta, se ha congelado de frío. Las arrugas le cuelgan bajo la barbilla como estalactitas. Está congelado. Le tiran de las piernas. Yo soy el viejo. No hay interrogatorio. No hay nada. Quiero aguantar. Golpean sin parar, como si fuese una máquina. Principio de esquizofrenia. Puedes evitarla con una palabra. Voy a hablar. Espero. Puede que paren. Es un recorrido que tengo que hacer. No pueden estar golpeando eternamente; parará. Alguna vez, alguna vez parará. Una prueba para ser astronauta. Exámenes en el colegio. Colas forzosas. Tienes que esperar. Una larga cola en la escuela, alrededor de un caldero de leche. El Plan Marshall. Leche en polvo petrificada, que mi maestra me ha puesto a romper con un martillo. La leche en polvo del barril se ha vuelto dura como la cal. Golpeo con el martillo. El sonido de un martillo que golpea una roca porosa. El sonido se atenúa. Se absorbe como agua.

Amanece. Primera sensación del espacio. Sol fuerte. Yo, caído en el suelo. Alguien me frotaba la cabeza con unos lodos. Náuseas. Me frotaba la cabeza en los vómitos. Me aconsejaba:

«Come, cerdo, come, grrr, grrr, grrr».

Había vomitado. ¿Quién sabe cuándo? ¿Cuánto tiempo estuvieron golpeando? Tengo que calcular. Calculo. Solo tres horas. ¡Qué cantidad infinita de tiempo pueden ser tres horas! Es tal vez uno de los mayores espacios temporales que puedo recordar. Suceden tantas cosas que al final no llegas a registrarlas. Ya había amanecido definitivamente. Bonito día. Extraño: ¡bonito día! Estaba solo con el hombre que seguía frotándose la cabeza. Decía que iba cagar para darme de comer, me haría la comida más sabrosa. Una sorpresa. Viene un esbirro con nuevas instrucciones. Después de preguntar qué había sucedido y de obtener la respuesta «Nada», le dice que me limpie y me lleve abajo. Me requiere el jefe. Me vierte agua. Quiero mostrar buena disposición, quiero levantarme, caminar solo. Imposible moverme. Me bajan ante Spanós a rastras.

El mismo ambiente. Se rieron cuando me vieron. ¿Qué quieren otra vez? Sí, Spanós vuelve a pedir lo mismo. Idénticas preguntas. Pero, ¿qué tienen que ver ya con eso? Parecía anacrónico. Te recordaba a unos parientes que no ves hace veinte años y lo primero que te dicen es por qué no has venido a verme a mi fiesta. Yo miraba sorprendido. ¿Qué decir?

Me arrojaron agua fría o caliente en los pies. Era terriblemente doloroso. Brinqué. Luego no oía bien, casi no oía nada. No me inquieté, estaba encantado. Encantadísimo. Seguían preguntándome. Era cine mudo. Uno me silbaba. Silbaba 'Atenas, hija del cielo'. La cosa era ahora completamente ridícula. Estaban enojados, me daban empujones y no los oía nada. Tal vez ni siquiera pudiese hablar. Había oído que en Macróniso muchos se habían quedado mudos por las torturas. No me atrevía a creer semejante felicidad. No quería abrir la boca no fuese a ser que me decepcionase. Por fin lo intenté. No podía hablar. Bueno, ya no tenía miedo a nada.

Hago señal a Spanós de que se acerque. Viene corriendo. Le pido lápiz y papel. Me lo da de inmediato. Le escribo: «¿Quiénes sois? ¿Qué queréis de mí?». Lo saca de quicio. Les hago señal de que voy a mearme en el despacho. Aterrado, Spanós encarga a dos que me levanten. Me llevan al baño. Entran conmigo en el baño. De vuelta en el despacho. Habían retomado sus tareas cotidianas.

Me bajan a rastras cuatro pisos. Seguro que voy a aislamiento. Subía gente por las escaleras, con uniforme o sin él. Un partido apasionante sobresalía. Se discutían pormenores en voz alta. Se hicieron a un lado para dejarme pasar. Nadie prestaba atención. El 'espíritu deportivo' está por encima de semejantes detalles tan nimios y aburridos.

La celda 17 era aquella; allí vivía el anterior preso con sobriedad. Eso significaba que todas sus necesidades se hacían dentro. Basura infinita. Suciedad más que manifiesta. Tan pronto como cerraron la puerta y me quedé solo, me sentí seguro. La sensación del ratón que, para escapar del gato, entra en la ratonera. Se acabó.

Interrogatorio científico 2

Me apoyaba en los otros dos para caminar. Cruzamos el pasillo con toda esa gente. Buscaba algún conocido. Nadie. Toda esa gente sonreía con la expresión de quien sabe bien lo que está pasando, está informada desde dentro. Gravaritis, como jefe de una misión de exploración a la selva del Amazonas, avanzaba en cabeza. Gravaritis había adquirido personalidad. Una o dos veces hinchó el pecho como un luchador. Subíamos las escaleras. Gravaritis, al ver la dificultad que tenía yo para subir las escaleras, me preguntó qué tenía en los pies.

«¿Qué van a tener mis pies: nada?».

«¡Ah! ¿Nada, eh?», y empezó a pisarme los zapatos. Estuve a punto de saltar. Mis pies, llagados de la última vez, se abrieron. A cada paso dejaba un sello de sangre. Alguien del grupo aconsejó a Vasilis que no ensuciase. Vasilis lo consideró razonable y se detuvo, aunque por otra parte habíamos llegado al final de la escalera.

Azotea, un sol cegador que me deslumbraba, bonito día. La humedad de la noche aún no se había secado. Debía de ser temprano aún. Eso es malo. Todo un día por delante. Llegamos al lavadero. Se veía claramente. El banco durante el día es inhumano. Su respaldo brilla como el parqué; incluso más: tiene ese brillo que adquieren las herramientas cuando están muy trabajadas. De día, el banco es una cosa que puede asustarte hasta de muerte. Yo estaba indeciso, miraba extraño. No sé por qué creía que era más seguro no mostrar familiaridad, no mostrar que sabía esas cosas. Tuve que quitarme la ropa.

«¿Todo?».

«No; solo el jersey. El resto más tarde».

«Bien».

No podía mantenerme en pie para quitarme el jersey. Me ayudó Gravaritis.

Empezaron a atarme al banco. Gravaritis inspecciona y les explica que me han atado muy flojo. La buena atadura, advierte, debe estar muy apretada, porque de lo contrario se hinchará todo entero. Estos no son trabajos para chapuzas. Gravaritis, con el fin de alcanzar el máximo, ponía el pie en el banco para hacer fuerza y tiraba. Los preparativos esta vez se hacían con la lentitud de la gente que conoce bien su trabajo. Son vedetes. Me pusieron en los ojos una venda redonda de tela, ya confeccionada para esa tarea. Pero dejaba un pequeño resquicio bajo los ojos y podía ver en dirección a las piernas. También trajeron una pequeña almohada y la pusieron en la boca. Pero no encontraban la correa y la ataron de cualquier manera al banco. La noté floja. Podría gritar. Gravaritis vino hacia mí y probó a ver si veía por debajo de la tela. Me di cuenta de que era Gravaritis porque apestaba. Su piel tenía un olor especial. Pidió el hierro. Otra fase. Yo esperaba que dejase un intervalo, como suele suceder. Esperar es insoportable, pero es mejor que la falanga. Gravaritis empezó enseguida.

El hierro tiene una penetración más fina, es como si te cortasen. Traspasa como una cuchilla. Una madera que cortan con hacha. La almohada se fue de la boca y alguien corrió a sujetarla. Sin embargo, yo gritaba. Entonces dejó la almohada y empezó a estrangularme. El aire que había en el pecho quedó encerrado. Gravaritis seguía golpeando. Metódica, rítmicamente. No podía soportar ambas a la vez. La asfixia y el hachazo se habían convertido en una unidad. No me daba cuenta de cuándo golpeaba; era algo que duraba. Oí a un esbirro que decía:

«Déjalo, se ha puesto morado».

El otro soltaba las manos poco a poco, a ver si gritaba. ¡Para qué gritar! Solo quería aire. Se distinguió otra vez el tacto de la falanga. Espero a escuchar el sonido antes de desmayarme. Nada. Por el ritmo comprendí que no era algo que terminase enseguida. La última vez tuve suerte. Paciencia. Tengo que empezar a contar. Contaba, perdía la cuenta, volvía a empezar.

Me hicieron volver en mí con agua. Gravaritis, sobre mi cabeza, me pregunta si estoy bien. ¿Qué decir?

«Bien».

Todavía atado al banco. Me había hecho uno con el banco. Una mosca atrapada entre plantas carnívoras. En estos momentos no existes. Gravaritis me pregunta si me ha gustado. Tengo una pierna rota, dice, de seguir así no me libraré de la gangrena. Al menos salvar la otra, que aún está sana.

«¿Por qué me miras con cara de tonto, cabrón? Vas a hablar, cabrón».

Otra vez. Una fuerza incomprensible actuaba sobre mí. No es dolor, el dolor es algo definido. Esto es una sensación de aniquilación. Intentaba averiguar en qué punto golpeaba. Era imposible. ¿De dónde viene eso? Veía a Gravaritis, veía la barra subiéndolo y bajándolo a las plantas, pero no había plantas. Esperas, esperas, y cierto instinto te dice: «Basta ya, suficiente. Escapa, puedes escapar. ¡Basta ya!». Ese sentimiento es muy intenso. Se impone sobre la falanga. Por un momento sientes que es muy natural. Así debe ser. Quieres escapar. Ves que no podrás resistir. Entonces tienes aún más miedo. Luego viene la vergüenza. Esos sentimientos se suceden uno a otro. Pero no se suceden en orden. Estás en medio de la vorágine. ¡Es asombroso! En ese momento uno también puede pensar. Puedes recordar algo, poner la mente a recordar cómo se llama la tercera calle después de tu casa. Puedes recordar cuántos números de teléfono sabes de memoria. Tu nueva experiencia te distancia. El hachazo continúa. Toma la decisión, no hay piedad. Son ellos y nosotros. ¿Nosotros? ¿Quiénes somos? No sabes. Sabes una cosa, segura, clara. No, con ellos no hay puentes. Pertenecemos a otra cultura. Tienes que aguantar. En poco tiempo te desmayarás. El hombre está asombrosamente constituido. Uno de nosotros dos se cansará, uno abandonará esta confrontación. ¡Confrontación! ¿Y por qué no? El Griego, anónimo: resistencia; el principio de la virtud es la resistencia. ¿Y por qué no una confrontación? Al menos en este instante. Él y yo. Canciones de acritas. Dienenís. En la escuela no acentuaba correctamente una frase, la maestra gritaba. Fotografías de la Resistencia: guerrilleros. La fotografía del cretense ante el pelotón. Listo para la ejecución. Agarra la bayoneta del alemán y lo mata. Doy un respingo ahora que me siento fuerte, me derrumbo, estoy perdido.

Me repuse solo. Estaba empapado de agua. Gravaritis no estaba. Solo los dos esbirros. Están charlando, oigo la conversación:

«¿Pero qué es?».

«No sé, anteayer por la noche lo pillaron».

«Eh, algo habrá. ¿Entre los “intelectuales” no está?».

«Sí. Quién sabe qué clase de comunista será».

«¿Es comunista?».

«Sea lo que sea».

«Pero aguanta».

«Bueno, ¿a dónde va a ir? Falta poco».

«Para que veas, ¿ahora está bien?».

Viene y me sacude un poco, me pregunta cómo voy, le digo «Bien». Se va y viene con Gravaritis. Se acercaba y me llegaba la peste. Había sudado y su tufo se había vuelto insoportable. Esta vez estaba realmente cabreado. Me pidió con insolencia que lo dijera todo y al instante. ¡Señor Dios, después de tanta desgracia, otra vez lo mismo! Si pudiera, me reiría. Me agarró por el cuello y me golpeaba la cabeza en el banco. Gritaba que hacía días que no veía a sus hijos por mi culpa y que lo iba a pagar. Demandaba insistente y reiteradamente que le contase todo y al instante.

Volvió a empezar. Los golpes en la cabeza me habían provocado un mareo. Algo se movió y me sentía suspendido en el aire. El banco pegado a mí. Me había asimilado al banco. No sabía dónde empezaba y dónde acababa el banco. Él allí, golpeando. La persistencia de algunas personas se convierte en un fenómeno. Me dieron ganas de decirle «Estás perdiendo el tiempo sin razón, no sé nada». Pero no me atreví. Además, ¿quién sabe qué más tiene que suceder? Pero ahora había algo de consuelo. Había empezado y no me sentía consistente. Estaba indolente, como un molusco. Si no hubiese un banco y la cuerda sujetándome, me habría diluido como agua.

Perdí las sensaciones. Me repuse. Gravaritis fumaba cansado en un rincón, un esbirro tomaba café. Torturar, al parecer, también es cansado. Un esbirro se había sentido decepcionado y decía que estábamos perdiendo el tiempo sin razón. El otro decía que es duro el cabrón, aunque no lo parezca, y Gravaritis prometía que iba a ablandarme. La pausa terminó y, sin preguntarme si estaba bien, Gravaritis comenzó otra vez.

Ahora ya no me importaba. Lo único que recuerdo es que ya no me importaba. Un sentimiento que significa que los instintos de autodefensa han dejado de funcionar. Como si toda esta desgracia no me concerniese. Ni siquiera lo lamentaba. Se acabó ya, no existes. Punto final. Pero quedaba algo que funcionaba. Un contador registraba detalles, nada más.

Luego, un vacío, durante mucho tiempo. Las veces que fui a recomponer lo que había sucedido a continuación no pude encontrar nada en que apoyarme. Cuando me repuse, aún estaba en el banco, pero desatado. Gravaritis meneaba mi cabeza a derecha e izquierda. Un esbirro había cogido mi mano y estaba moviéndola. Mis reacciones se habían reducido a cero. Gravaritis manifiesta que estoy bien y que me estoy burlando de todos. Me golpea la cabeza un par de veces con fuerza.

«Ahora verás lo que vas a sufrir, hijoputa. Vas a quedarte ciego».

Levanta las manos y las baja con fuerza sobre los ojos, presiona los globos hacia dentro. No me duele, pero hay una oscuridad absoluta. Los globos se hunden.

Casi seguro que es una trampa. Pienso que es imposible que dejen semejantes pruebas forenses de torturas. Recuerdo que en el cráneo hay una gran cavidad que tiene los globos dentro. Parece que pueden hundirse bastante. Pero, sin embargo, yo no pensaba eso de la tortura. Lo más lógico es que no los saquen. Pero, sin embargo, a veces no sabes. Yo tenía razón. Paró.

Empieza a desnudarme, con los otros. Ve que yo tenía gemelos de oro. Tira de la camisa y la rasga. Se pone frenético.

«¿Gemelos de oro, cabrón? ¿De dónde los has sacado? ¿Te los ha dado el partido? Yo llevo veinte años de servicio, hijo de puta, y nunca he conseguido unos».

Me agarra del pelo y empieza a darme vueltas por el lavadero. Me golpea la cabeza con la rodilla y luego con la esquina del banco. Me rompe un diente. Me da patadas en el abdomen. Coge la barra y empieza a pegarme en las pantorrillas, en las rodillas, en los tobillos y en los huesos de la pelvis. Luego en los genitales, a los que escupe desde arriba. Creo que un esbirro gritó «¡Ahí no!» o «¡Basta ya!».

No estoy seguro de si dijo exactamente eso. De todos modos, me pareció algo así como una protesta. Me cogen y me tiran en el banco, boca abajo. Gravaritis dice, imitando la voz de Caranguiosis:

«Ahora vendrá el árabe a cortarte los cojones y a follarte». Cogió la barra y empezó a meterla por el culo.

SIN POSIBLES PALABRAS. OTRA REALIDAD QUE FUE LA REALIDAD, INOLVIDABLE POR TANTA PERVERSIDAD, IMPERDONABLE. NI OLVIDO NI PERDÓN. SE COMPRENDE MEJOR ASÍ CON ESTE TIPO DE RELATOS DE ESA REALIDAD. UNA PERVERSIÓN GLOBAL MÁS. EL MAL ABSOLUTO. ¿CÓMO SOPREPONERSE A ÉL? VERDAD, JUSTICIA Y REPARACIÓN DE NUEVO. Y NO ES NINGUNA TONTERÍA. ESA REALIDAD OBSCENA. UN DIOS... NUEVOS MARTIROLOGIOS SIN UN DIOS POSIBLE QUE PUEDA JUSTIFICARLOS... O AMPARARLOS. EL MAL.